

CARTA XXI.

Quisieras, querida Carolina, que te escribiese con más frecuencia, aunque no fuera más que para darte noticia de mi interesante salud; pero á mí me parece que aun cuando te dijera que tengo la lengua blanquizca, los ojos cargados, el sueño inquieto, etc., y que sin embargo como bien, rio, canto, y soy tan dichosa cuanto es posible, no habias de quedar satisfecha. Sin duda que no, perdóname mi franqueza, porque eres una amiga muy difícil de complacer. Si para alargar mis cartas me pusiese á repetir, con todas las variaciones que pudieran ocurrir á un talento más fecundo que el mio, que te quiero mucho, creo que no habia de ser muy divertido para tí, pues no soy yo Madame de Sévigné, para poder cambiar una

misma idea de mil maneras diferentes, todas á cual más ingeniosas, y tampoco cuento con lo que á ella le servia tanto, que era el ser dirigidas sus cartas á su hija Madame de Grigrau, pues yo, querida Carolina, no tengo el honor de ser tu madre.

Te quiero sencillamente, y tengo la tontera de figurarme que tú estás bien persuadida de eso, que me pagas en igual moneda, y que no tienes más que preguntar á tu corazón para saber lo que pasa en el mio. ¿Estoy equivocada? Dímelo, y entónces cambiaré de estilo contigo. Pretendes que te dé cuenta de todas mis acciones: estoy conforme, pero si no me acuerdo mal, ya te he dicho en lo que empleo mi tiempo; no me gustan las repeticiones, y á pesar de aquello que dicen que ningun dia es igual á otro, los míos se deslizan tan tranquilamente, y se parecen tanto, que siempre las ocupaciones del dia siguiente son las mismas que las de la víspera. En cuanto á hablarte de nuestros queridos campesinos y ponerte al corriente de sus hechos y acciones, es la cosa más fácil; en dos palabras lo hago: "Siguen amando á Dios con todo su corazón y sirviéndole lo mejor que pueden; abonan, labran y

siembran sus tierras como siempre, levantan sus cosechas en la estacion conveniente, se casan, hacen bautizar á sus hijos y conservan la costumbre de morir como buenos cristianos.”

Si te empeñas en saber con exactitud el número de los nacimientos, matrimonios y defunciones, procuraré, en lo adelante, acompañarte una copia de las actas del registro civil; creyéndome dichosa si ese nuevo acto de complacencia te prueba mi buena voluntad y el deseo de agradarte; además de que contaré con ese recurso para cuando no tenga que decirte y no tenga tiempo ni imaginacion para otra cosa.

Por hoy no es necesario, pues tengo á mi disposicion abundante material: te referiré una historia digna de figurar entre las obras maestras de Mistres Radcliff, que, entre paréntesis, nunca las he leído, como puedes creerlo.

Con todo, te ruego, que si es por la noche, dejes, por prudencia, esta lectura para el dia siguiente, porque podria causarte pesadilla, lo que sentiria yo mucho. Pero si puede más tu curiosidad que tu miedo, escucha y tiembla.

Desde el principio del invierno se comenzó á observar, errante por todo el pueblo, á una figura extraña, la más á propósito para excitar

la curiosidad de que era objeto. Cubierta con un traje parecido al de los antiguos penitentes de Italia, jamás se quitaba la capucha que le cubria la cara: nadie sabia, por consiguiente, si era jóven ó viejo aquel individuo; con todo, por su paso firme y el brillo de sus ojos, que se percibia por los agujeros de su máscara, se podia presumir que estaba en la fuerza de su edad. No se mostraba sino de vez en cuando en el pueblo y solamente para pedir algunos mendrugos de pan. Se ignoraba dónde pasaba la noche, y como dejaba sin respuesta las diversas preguntas que se le hacian, lo tenían todos por mudo, hasta un dia en que Nuestra Madre, queriendo hacerle aceptar algunas monedas, las rehusó diciendo: “No como dinero, sino pan.” Desde entónces no ha vuelto á preferir de seguido una tan prodigiosa cantidad de palabras.

Era el espanto de las mujeres y de los niños, desde que apareció en la comarca, y dió origen á infinidad de cuentos, que amenizaron las conversaciones de las largas noches de invierno.

Primero aseguraban que era un bandido famoso, jefe de una compañía de bandoleros, que se disponia á invadir muy pronto el país, para

pillarlo y destrozarlo; pero como nunca hubo ni el más ligero robo, se acabó por abandonar esa opinion para adoptar la de un cierto Señor Roman, arrendador de un pequeño rancho, muy vano é incrédulo, que por desgracia ha venido á establecerse aquí desde hace poco tiempo, y que por su charlatanería ininteligible ha logrado hacerse algun partido, adquiriendo reputacion de hombre de ciencia y de talento. Pues este doctor de nueva especie, afirmó con toda seriedad que, una vez que el individuo de que se trataba no era un cartujo, debía ser seguramente un vampiro. Luego añadía la descripcion de la naturaleza del vampiro, que jamás viene á la tierra sino para nutrirse con la sangre de las jóvenes más bellas. De aquí se siguió que todas las mujeres, jóvenes ó viejas, feas ó bonitas, se llenaron de miedo y temblaban á la sola idea de que aquel monstruo llegase á fijar en ellas sus miradas, pues llegarían á ser las tristes víctimas de su voracidad. Durante un mes reinó en todo el pueblo un verdadero pánico, que los esfuerzos reunidos del Señor Cura, de su vicario y de nosotras tuvieron gran dificultad en disipar.

Por fortuna, ni una sola muchacha se enfer-

mó, todas conservaron su buen color y su salud robusta, y esto contribuyó más que cualquier otro raciocinio para tranquilizar la exaltada imaginacion de nuestros campesinos. Con todo, como era preciso hallar alguna explicacion de la extraña conducta de aquel singular personaje que preocupaba tanto todos los ánimos, se entregaron á nuevas suposiciones, y gracias á la decision del maestro de escuela, buen hombre que quiere á toda costa pasar por sabio, y que siempre contradice y hace la oposicion al Señor Roman, se decidió que el misterioso personaje era *leproso*, nombre que por fin se le quedó. Entónces reunieron los principales vecinos, cóntro la opinion del Señor Cura, para discutir los medios de libertar al país de un huesped tan peligroso. Acordaron que todos los vecinos se armarían y procurarían apresar al *leproso*, que atado de piés y manos, sería conducido á la cabeza del partido y entregado á la autoridad competente. Como lo pensaron lo ejecutaron: pero el *leproso*, con notable destreza, se les escapaba siempre que creían tenerlo en sus manos, y durante seis semanas lo persiguieron sin resultado alguno. Cuando el pobre se vió acosado por todas par-

tés como bestia feroz, no volvió á presentarse en el pueblo. ¿De qué se mantenía entónces? Solo él lo sabe..... ¡Oh! sin duda vas á decir que soy muy sensible, pero te confesaré que muchas veces la idea de que se moria de hambre, me aflijia sobremanera.

Tú convendrás, querida Carolina, que ese sér misterioso y fantástico, era muy capaz de aterrorizar á nuestros pobres aldeanos que no están acostumbrados á ver que esa clase de duendes visiten sus pacíficas moradas. En fin, nada ménos que esta mañana, nuestro pobre *leproso*, obligado por la necesidad, se aventuró á venir á implorar á nuestra puerta que le diéramos un pedazo de pan; é inmediatamente fué aprehendido por tres valientes muchachos que estaban en asecho. Tres contra uno no es buen partido, pero el bien público es una buena excusa. El infeliz, que casi no tiene fuerzas para sostenerse, no hizo la menor resistencia, solo se puso á llorar como un niño, y suplicó á sus fieros vencedores que lo llevasen á nosotras, porque segun decia, tenia un secreto importante que confiarnos. Como estaba bien amarrado con cuerdas nuevas, les pareció que no habia ningun peligro en que recibiésemos su visita, y

nos lo presentaron suficientemente escoltado. Se arrojó á los piés de Nuestra Madre, y habiéndole pedido con un acento lastimoso que le concediese el singular favor de darle audiencia en lo particular, tuvo bastante ánimo para otorgárselo y encerrarse sola con él, á pesar de nuestros ruegos para que no lo hiciese. Pocos minutos despues salió y dijo á aquellas gentes que ella respondia de su prisionero, y habiéndoles exigido la promesa de que guardarian secreto de lo que habia pasado, los despidió muy tristes de verse arrebatat tan gloriosa presa; despues me hizo á mí seña de que la siguiera, y contándome en pocas palabras la historia del pretendido leproso, me mandó que la ayudase á soltarlo de sus ligaduras.

Ahora, querida Carolina, adivina, si puedes, lo que es el dichoso personaje, asegurándote de antemano que no es leproso, ni mucho ménos vampiro ó ladron famoso. Entónces, dirás, no puede ser sino un loco ó algun gran culpable que huye de la justicia humana.

Hay algo de verdadero y de falso en esa suposicion, porque nuestro pobre protegido es simplemente un pobre soldado, de inclinaciones muy poco marciales, que prefiriendo el arado al

mosquete, le pareció oportuno tirar la cartuchera, la espada, el uniforme, etc., y correr sin aliento hasta aquí, con la esperanza de vivir desconocido y oculto. Por desgracia ya van dos veces que hace semejante cosa, y por lo mismo debe estar inscrito como desertor reincidente en los registros de su regimiento acuartelado en Burdeos, y á las órdenes de tu primo el Sr. de Marval.

Ya comprenderás por qué Nuestra Madre me hizo el honor de darme parte en el secreto de nuestro héroe decaído, y por qué me hizo escribir desde luego á tu prima Aurelia para exponerle la situacion de su protegido y suplicarla que previniese á su marido en favor de este desgraciado, que sin mentira, está más que medio loco.

Mientras esperamos la respuesta, tratamos de calmar un poco el terror de Julian, nuestro desertor, á quien hemos tomado bajo nuestra salvaguardia, y confinádolo en un cuarto lejano y bien cerrado. Quizá por despecho de su amor propio herido, nuestros guapos muchachos han guardado bien el secreto de su proeza, y nadie en el pueblo sabe que lo tenemos escondido en casa.

Adios, ya es de noche, y es preciso que te deje; te haré conocer próximamente el desenlace de la historia del pobre Julian: hasta ahora es bastante poética, pero deseo con toda sinceridad que se termine de un modo enteramente prosaico, por medio de su licencia absoluta, con todos los requisitos necesarios para que pueda con entera libertad volver á la vida del campo, en su pueblo, donde se case con una robusta Dulcinea, de cara bien redonda, con quien viva largos años, recordando por su feliz union la de Filemon y Nancis.

Mientras tanto, vamos á procurar aprovecharnos de esta circunstancia para hacerlo que se reconcilie con Dios. Pídele tú tambien, Carolina, pídele á Nuestro Señor que nos conceda salvar su alma y su cuerpo. Tu amiga:

SOR TERESA.